

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 pts
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 " "
 Extranjero . . . 1'50 "

VIENTOS DE FRONDA

La actividad que en los actuales momentos está desplegando el proletariado español, es altamente consoladora.

Actividad en la organización; actividad en la propaganda y actividad en la solidaridad en favor de los presos por los sucesos de Cenicero y Torreperogil, son la característica de poco tiempo a esta parte.

La actividad en la organización, está reflejada en la reorganización de la Confederación Nacional del Trabajo y en las adhesiones importantes, tanto en el número de organismos como en la importancia de cada uno, y en los continuos movimientos obreros que se realizan, con más o menos éxito, pero que son viva demostración de que el malestar se siente y hay deseos de conjurarlo.

Actividad en la propaganda, queda demostrada en la multitud de libros y folletos que editan diferentes bibliotecas y agrupaciones netamente obreras, haciendo que el ideal anarquista se extienda por todas partes y penetre hasta en las más pequeñas aldeas, además del notable aumento que ha tenido la prensa anarquista y de los diferentes periódicos cuya próxima aparición está anunciada.

Pero, donde más se nota esta actividad es en la solidaridad hacia los presos por los sucesos de Cenicero y de Torreperogil. En varias localidades se han constituido Comités Pro presos y se organizan mítins, muchos de los cuales ya se han celebrado y otros que hay en proyecto, esperando el señalamiento de la celebración de los Consejos de Guerra, para reanudar la campaña.

Por todas partes han circulado, profusamente, manifiestos detallando los atropellos cometidos por las autoridades, cuyos manifiestos han sido editados por compañeros de Gijón, Coruña, Andalucía, Barcelona y otras localidades.

Todo presagia un resurgimiento de la energía y buena voluntad de los compañeros, y mucho y bueno nos prometemos si todo esto no es flor de un día, entusiasmo pasajero.

¿Y por qué ha de serlo?

La burguesía, al amparo de la guerra europea ha aumentado considerablemente el precio de los artí-

culos de primera necesidad, en tanto que los jornales se mantienen en el mismo estado que antes de la guerra y en algunos sitios han sido rebajados. Y esto ocurría en los precisos momentos en que los productos nacionales, alegando la carencia de primeras materias, sufren una elevación de precios no menor de un 50 por 100, haciendo imposible la vida del trabajador, mientras la burguesía acumula cuantiosas fortunas, producto de una explotación que raya en los límites de lo que legalmente se llama robo.

Pero como esta cinica explotación no puede durar más tiempo que el que los expropiados tardan en darse cuenta de ello, el actual resurgimiento, si se consolida, puede y debe ser de beneficiosos resultados. A ello deben contribuir todos cuantos reúnan condiciones de actividad y capacidad.

La campaña en pro de los presos no debe cesar un momento, y en tanto que se acerca la hora de singularizarla por los compañeros de Cenicero y Torreperogil, debe agitarse a la opinión, en el sentido de recabar la libertad de los presos por cuestiones sociales, para ver si de una vez conseguimos no ser engañados, pues lo ocurrido con la última amnistía y con su aclaración es una burla ignominiosa, pues aún hay en el penal de Valencia compañeros que debieran estar en libertad y no lo están por triquiñuelas de la ley o por falsa interpretación de la misma.

Los momentos hay que aprovecharlos y los actuales son los más propicios para emprender una campaña de liberación de los compañeros presos y otra de liberación económica, que lleve a la conciencia de todos los oprimidos la necesidad de un supremo esfuerzo que de al traste con la sociedad del privilegio.

No olvidemos que la terrible conmoción que está sufriendo Europa, ha de traer, forzosamente, un terrible desengaño para el proletariado de los países beligerantes, y que la actitud que adopte la clase trabajadora de los mismos, ha de repercutir en los pueblos que se han mantenido alejados de la contienda.

Que no sean estériles los esfuerzos que se hagan, ya que en la actualidad corren vientos de fronda.

El Congreso Internacional de Suiza

Avanti, el órgano del partido socialista italiano, hace la reseña en uno de sus últimos números de la reciente Conferencia socialista internacional; mas como el censor ha suprimido grandes porciones de dicha reseña, y, como es de presumir, las más importantes, mucho de lo ocurrido en la Conferencia no ha sido hecho público. Avanti, sin embargo, dice que «los entusiastas esfuerzos de nuestro camarada Morgari—el organizador de la Conferencia—se han visto coronados con el mayor éxito».

La Conferencia se celebró en Zimmerwald, una pequeña aldea situada al pie de las nevadas cumbres del Jungfrau, Suiza. Durante cinco días la mayor unanimidad ha reinado en las discusiones. «Franceses y alemanes han estrechado sus manos cordialmente y prometido trabajar en común

tal campaña y proclamar la necesidad de que la clase obrera organizada concentre de nuevo todos sus esfuerzos en el cumplimiento de su fundamental misión socialista. El acto comenzó con las manifestaciones de los delegados de las naciones beligerantes acerca del estado del movimiento obrero en sus respectivos países, mostrándose perfectamente de acuerdo en su opinión de que la clase trabajadora nada bueno sacaría de una guerra imperialista, y que por lo tanto no podrá identificarse con ella. Por último, manifestaron que la campaña en favor de la paz no sería eficaz a menos que fuese internacional, y todos reconocieron la necesidad y la urgencia de la cooperación de los socialistas de los países neutrales.

La principal discusión recayó sobre la acción que la clase trabajadora debería adoptar para conseguir la paz. Los delegados franceses y alemanes presentaron una proposición común que el censor italiano no ha creído oportuno dejarnos conocer. Lo único que nos ha permitido saber es que dicha proposición fué aprobada con entusiasmo por la Conferencia. Los detalles de una extensa declaración sometida a la aprobación de la asamblea por los delegados rusos, lituanos, suecos y noruegos, han corrido la misma suerte en manos del censor. En ella se afirma que toda campaña en pro de la paz será ineficaz en tanto no se establezcan las causas de la guerra así como las del fracaso de la Internacional; que la doctrina capitalista de «resistencia a todo trance» debe ser enérgicamente rechazada, y que la eficacia de esta actitud sólo puede ser el fruto de una lucha revolucionaria... Aquí el censor interviene una vez más y tan sólo nos deja saber que, en la opinión de los autores de esta declaración, imperialismo y capitalismo van inseparablemente unidos, y que la lucha contra el primero debe ser, por lo tanto, adoptar la forma de una lucha contra el último. La declaración termina pidiendo a la Conferencia el lanzar un llamamiento enérgico a los trabajadores de Europa, un «grito de batalla» para que reanuden la lucha de clases. Una vez más la Conferencia se mostró unánimemente de acuerdo, y con gran entusiasmo adoptó la siguiente resolución a propuesta de los delegados franceses:

«El Congreso socialista internacional reunido en Zimmerwald envía la expresión de su más profunda solidaridad a las incontables víctimas de la guerra, a los pueblos belga y polaco, a los perseguidos armenios y judíos, a los millones de seres humanos que están sufriendo inauditos tormentos y horrores.

«El Congreso honra la memoria del gran socialista Jean Jaurés, la primera víctima de la guerra, quien fué sacrificado por el militarismo y el chauvinismo, y la de los socialistas militantes Tajowicz y Catanesi... (suprimido por el censor italiano).

«El Congreso envía así mismo el testimonio de su más profunda y fraternal simpatía a los diputados de la Duma destruidos a la Siberia por haber mantenido la gloriosa tradición revolucionaria de Rusia, y a los camaradas Liebknecht y Monatte... (supr. p. e. c. i.), quienes en sus respectivos países se han opuesto a la tregua de partidos; a las compañeras Clara Letlein y Rosa Luxembourg, encarceladas por sus convicciones socialistas, y a todos aquellos camaradas que han sido perseguidos y arrestados... (c. i.).

«El Congreso honra a los que, vivos aún o muertos, han continuado sin vacilación ni compromiso alguno la difusión del espíritu revolucionario entre las masas del movimiento obrero internacional... (c. i.).

Congratulamos sinceramente a nuestros camaradas italianos por el éxito de sus esfuerzos, así como a la Conferencia por la unanimidad y el entusiasmo de que ha dado pruebas. Esto nos da nueva esperanza para el futuro, y de acuerdo con los delegados que a ella han concurrido, nosotros nos comprometemos a llevar a cabo la labor señalada.

(Del Labour Leader, órgano del partido obrero independiente, de Inglaterra, 30 de septiembre).

A pesar de los torpes excesos de ese censor italiano, digno a su vez de la más fuerte censura por parte de los hombres libres, se desprende de una manera inequívoca de la anterior reseña, que los gobiernos de los países beligerantes han encontrado el medio de agravar su ya tremenda responsabilidad con el horrendo crimen de la presente guerra, con la perpetración de numerosos crímenes y atropellos contra la vida y la libertad de aquellos socialistas y revolucionarios que se han atrevido a protestar y hasta rebelarse contra la barbarie desencadenada por los poderes político y capitalista de la Europa culta y civilizada.

Rindamos tributo también nosotros a esos bravos luchadores que han hecho ver como ni los mayores peligros ni las insinceras o inesperadas actitudes de ciertos significados revolucionarios han ejercido sobre ellos influencia alguna para impedirles tener el valor de sus convicciones.

Hagamos, por último, extensiva nuestra anterior recriminación contra el inquisidor italiano de la libertad de la prensa, al gobierno británico por el flaco servicio prestado a la causa de la democracia y la civilización, que pretende representar, en la actual contienda, en unión de sus aliados, tan civilizados y tan demócratas como él.

Con tan buenos servidores es indudable que la tan dichosa causa adelanta cada día más... hacia el mayor desprecio de los obcecados que aun creen en ella.

Traducción y comentarios de A. L.

Londres.

¡Farsantes!

Hace una serie de días, desde que se habla de elecciones, que no puedo abrir un periódico sin que me devore la cólera.

Jamás como en el presente período electoral había visto en la política tanta inmudicia.

Toda la prensa en general parece como si renegara de la política, publicando sendos artículos ridiculizando a los aspirantes al acta, manifestando la impudicia, el cinismo y la desaprensión de tales elementos, resultando de esta algarada un gran puntapié al sufragio.

Esto a mí me cuadra perfectamente, porque, haciendo honor a la verdad, no hay un solo político que merezca se le besen las manos.

Lo que indigna es la táctica que se utiliza para propagar las ideas y sacar de ellas el mayor partido posible. Aquí jamás se lucha por convicción de principios ni por amor a la causa. Aquí solamente se lucha para vivir holgado y escalar un alto sitio en la sociedad.

¿Dónde están los defensores del pueblo? La gran guerra europea ha venido a desvanecer esa cantinela estúpida en que nos tenían embobados los políticos de todos los matices. Cuando no ha habido nada que defender, éstos han entonado a coro un himno al pueblo y han desenvainado el sable para constituirse en guardias de sus derechos; mas ahora, en el preciso momento que la necesidad de defendernos se impone y que ellos podrían demostrar sus birrarías, ¡ah!, ahora se les ha roto el sable...

El problema del hambre se nos ha echado encima. A espaldas de la guerra europea hacen su agosto la industria y el comercio, y la clase obrera—esa clase sufrida y abnegada, productora de todas las riquezas del mundo, la clase que constituye el verdadero pueblo, porque las demás clases tan solamente son instrumentos de explotación y de holgazanería—está condenada a muerte por el procedimiento de la miseria.

Los fabricantes han elevado fabulosamente los precios de sus respectivos géneros. Los comerciantes venden también sus existencias a mayor precio, y los obre-

ros, a esos se les ha rebajado el sueldo. En Madrid vemos al pueblo amotinado contra la subida de los alimentos. En Barcelona, en Cataluña, ni siquiera protestamos. Parece que el espíritu catalán, aquel espíritu antiguo de rebeldía, ha muerto en el pecho de los revolucionarios.

¿Qué hacen los políticos frente a ese pavoroso espectáculo? En Madrid, en Barcelona o en otra parte, ¿se ha levantado algún meneur para encauzar al pueblo hacia una u otra solución? ¡Ah, no! A los políticos dejadles discursar sobre los fenómenos de la guerra, prodigando alabanzas a Poincaré o desafiando al kaiser. ¡No son tiempos estos para entretenerse en niñerías como el problema económico! Si un padre no tiene pan para sus hijos, que los mate o que los deje morir...

¡Pueblo! ¿Me has comprendido? Pues bien. Ya que tan lamentable es la conducta de tus políticos, cuando el día 14 vayan a solicitarte el apoyo para que les conduzcas a la cumbre, contéstales francamente que si necesitan votos que se tomen la molestia de robarlos. Este es tu deber.

RAMÓN BONJOCH

Los hombres funestos

En medio de la indiferencia casi general, ha llegado la noticia de la dimisión de Delcassé como ministro de Negocios Extranjeros de Francia.

En las actuales circunstancias era arriesgado divulgar entre el pueblo el verdadero motivo de esta dimisión y por eso los gobernantes pretenden justificarla alegando razones de «alto patriotismo».

Aunque se tache de murmuración, no por esa dejará de decirse que el abandono de esa cartera ministerial es debido, sobre todo, a los fracasos consecutivos en las negociaciones con los Balkanes (lo que a última hora ha ocasionado la caída total del ministerio francés). Y este hecho merece tenerse en cuenta, a causa precisamente de la personalidad del dimisionario.

Sabido es que cada nación en guerra posee en su seno algunos hombres que pueden considerarse como los verdaderos responsables de la horrorosa matanza.

Delcassé es, para Francia, uno de esos hombres funestos.

Mezclado en la política, y elemento influyente en ella, ha sido Ministro de Negocios Extranjeros repetidas veces, y como tal trabajó durante años y años en la preparación de la contienda que debía dar a Francia la Alsacia y la Lorena, y a él la gloria de hombre de Estado, astuto y sagaz.

Su único pensamiento era aislar a Alemania y levantar contra ella una coalición formidable para vencerla más fácilmente.

Ya en 1905, esta política de provocaciones continuas, le valió (después de la actitud adoptada por el Kaiser, otro hombre funesto), que sus colegas le despidieran violentamente del Ministerio en aquel entonces, del cual formaba parte.

Al empezar la guerra actual, se le ofreció la participación en el llamado Ministerio de Defensa Nacional, y este hombre, ávido de desempeñar un papel histórico, volvió a ocupar el puesto desde el cual había hecho siempre tan mala labor.

Entre todos los malvados ansiosos de satisfacer apetitos exagerados de ambición, fama y poder, este individuo pasará a la posteridad como uno de los más salientes. Sobre su actitud, como sobre la de Poincaré, los compañeros franceses estaban muy al corriente desde largo tiempo, y varias veces han hecho públicos los recelos que ambos les sugerían.

Delcassé, «el gnomo de los Negocios Extranjeros»—así llamado por los compañeros—, puede estar orgulloso de su obra. Su sueño se realiza; la guerra ha surgido horrorosa y tremenda; las naciones se desgarran mutuamente con un furor indescriptible. Los hombres, víctimas de la ciencia, puesta al servicio del crimen, forman montones que horripilan.

Pueblos enteros son arrasados y quizás